

Primero le habló como amiga de su infancia:

—¡Deja en paz ese drama, gran tonto! Desde ahora te digo que será silbado.... ¡Vaya! empieza por ayudarme á buscar mi carrete de hilo que Minucha ha debido llevar hacia el armario.....

Él sujetaba una silla, mientras ella miraba sobre el armario alzándose en las puntas de los pies.

La lluvia caía sin cesar, y no podían salir del cuarto, regocijándose con fuertes risotadas cuando tropezaban con algún objeto que les recordaba los años pasados.

—¡Oh! aquí está la muñeca que tú hiciste para mí con algunos trapos viejos..... ¿Y esto? ¡Ah, ya! Es el retrato tuyo que dibujé el día en que llorabas de coraje porque yo rehusaba darte la navaja de afeitar.....

Ella apostó en seguida á que todavía saltaba de un brinco sobre la mesa, y él saltaba también, dichoso por ser distraído agradablemente.

¡Su drama dormía ya en un cajón de la mesa!

Una mañana descubrieron la *Gran sinfonía del dolor*, y Paulina tocó al piano algunos compases, acentuando cómicamente el ritmo; y él entonces se burlaba de su obra, y cantaba las notas para acompañar al piano, cuyos sonidos apagados no se oían.

Sin embargo, una de las partes, la famosa *Marcha de la Muerte*, les puso serios....

Todo les divertía y les enternece: una colección de *florideas*, disecadas por ella en otro tiempo, y hallada entre los libros; un frasco olvidado que contenía muestras del bromuro obtenido en la fábrica; el modelo en miniatura de la presa, ya medio roto, como arrollado bajo la tempestad de un vaso de agua.

Y luego corrían por la casa, persiguiéndose como dos muchachos escapados, subiendo y bajando la escalera veinte veces, atravesando por las puertas cuyas hojas cerraban con violencia.

¿No eran aquellas horas las mismas de antes? ¡Ella tenía aún diez años, y él diez y nueve! ¡Ella recobraba para él su amistad apasionada de niña!

Nada había cambiado: el comedor tenía aún su mesa de nogal, su aparador, su lámpara suspendida, la vista del Vesubio, las cuatro litografías de las Estaciones que todavía les regocijaban; la obra maestra del abuelo dormía aún en el mismo sitio bajo su fanalito de cristal, como si formase un solo cuerpo con la chimenea, donde la doméstica solía colocar los platos y las copas.

Había una pieza á la que ellos entraban con viva

emoción: la antigua cámara de la señora Chanteau, que permanecía intacta después de la muerte de su dueña. ¡Nadie había vuelto á abrir el *secrétaire*! Justamente por entonces acaeció un aniversario de fiesta, y ellos adornaron el cuarto con gruesos ramos de flores.

Pero bien pronto, arrastradas las nubes de lluvia por ráfagas de templada brisa, pudieron ambos salir de la casa, recrearse en el huerto, pasear por la costa; y su juventud volvió á aparecer.

—¿Quieres que vayamos á pescar langostinos?— le dijo ella una mañana, saltando del lecho, á través de la mampara.—¡Ya ves cómo baja la marea!

Y partieron en traje de baño, y visitaron las pedregosas rocas, apenas abandonadas por las olas después de semanas y aun de meses; y ellos se acordaban de todo como si hubiesen estado el día anterior en aquel mismo sitio.

—¡Ten cuidado!—gritaba él, evocando recuerdos.—Mira que ahí existe un agujero, y el fondo está erizado de piedras.

Y ella le tranquilizaba contestando risueña:

—¡Ya me acuerdo! ¡No tengas miedo! ¡Oh! ¡mira, mira qué enorme langosta acabo de coger!.....

Y repetían sus escapatorias de otros tiempos, los

paseos lejanos, el descanso en la playa arenosa, y se abrigaban en grutas antes conocidas para dejar pasar un aguacero repentino, y volvían luego á casa, entrada la noche, por los senderos oscuros.

¿No era ayer cuando habían estado allí, contemplando el mismo azulado horizonte con sus grandes nubes pálidas, en las que se ensanchaba el estremecimiento de las mareas? ¿Y aquella fina lluvia que caía del cielo, y llegaba hacia ellos con el flujo del mar, no era también la que habrían de ver en el siguiente día, confundiendo así lo pasado con las horas actuales?

Y así pasaron los días sin zozobra aparente.

Comenzó la tercera semana de la estancia de Lázaro, y éste no partía, aunque recibió algunas cartas de Luisa, diciéndole que se fastidiaba grandemente; pero que su prima se obstinaba en que se quedase allí más tiempo.

Él, en sus cartas de respuesta, la animaba á permanecer allí, y la enviaba consejos del doctor Cazenove, á quien consultaba efectivamente; y embriagábale aquella vida regular y tranquila, sus antiguas comidas, sus horas de levantarse y acostarse, el mal humor de Verónica, los dolores incessantes de su padre, que permanecía inmutable, con

el semblante contraído por el sufrimiento, cuando todo alrededor suyo se precipitaba y cambiaba con las mutaciones de la vida.

Volvió á encontrar los banquetes de los sábados, los viejos rostros conocidos del médico y del cura, las eternas conversaciones sobre los últimos temporales ó sobre los bañistas de Arromanches; la Minucha, á los postres, saltaba en la mesa con ligereza de pájaro, y le daba una cabezada en la barba para acariciarle, y aquel roce de sus dientes fríos le rejuvenecía en muchos años, trayéndole á la memoria sucesos antiguos.

No había allí sino una cosa nueva: Lulú, triste y feo, hecho una bola bajo la mesa de comer, gruñendo desde que él se aproximaba, y eso que Lázaro le daba terroncitos de azúcar, que el perro devoraba con ruidoso chasquido, y mostraba luego los dientes con refinamiento de mala amenaza.

Algunas veces, cuando Paulina y Lázaro daban sus largos paseos, les ocurrían aventuras singulares.

Un día, cuando procuraba no pasar por su antigua fábrica de la bahía del Tesoro, justamente encontraron á Boutigny al dar un rodeo por camino desusado. Boutigny era ya un gran señor, enriquecido con la fabricación al por mayor de sodio del

comercio, y se había casado con la muchacha aquella que le siguió hasta el corazón del país de lobos, donde moraban, dándole tres hijos.

Toda la familia, con un criado y una nodriza, ocupaba un *break* soberbio tirado por hermoso tronco de caballos blancos, y los dos paseantes se vieron obligados á pegarse al talud del camino para no ser enganchados por las ruedas del carruaje.

Boutigny, que guiaba, puso los caballos al paso, y aunque hacía muchos años que unos y otros no se hablaban, saludáronse entonces, al pasar lentamente, sin decir una palabra.

Lázaro, que estaba muy pálido, cuando el coche hubo desaparecido, murmuró con cierto esfuerzo:

—¿Parece que gasta ahora un tren de príncipe?

Y Paulina respondió con dulzura:

—Sí, parece que ha realizado ganancias enormes en estos años últimos.... ¿Tú sabes? pues ha repetido tus antiguos experimentos.

Eso era precisamente lo que mortificaba á Lázaro, á quien los pescadores de Bonneville habían enterado, sabiendo que tales noticias le causarían desagrado; y en efecto, Boutigny, con ayuda de un joven químico que tenía á sueldo, trataba las cenizas de las algas por el método del frío, y merced á

su obstinación prudente de hombre práctico obtenía resultados asombrosos.

—¡Pardiez!—murmuró Lázaro con voz ronca—siempre que la ciencia avanza un paso, es un imbécil quien la impulsa y sin querer hacerlo.

Su paseo fué silencioso, y cuando regresaron á casa, entrada la noche, los dos estaban trémulos.

Otro día, hacia la costa de Verchemont, como siguiesen por un sendero á través de campos de remolachas, paráronse un momento sorprendidos de ver que salía humo de la cubierta de una cabaña.

Aquello era un incendio, y el sol no dejaba ver las llamas; pero la casa se quemaba sola, cerradas puerta y ventana, mientras sus propietarios trabajaban acaso en alguna heredad cercana.

Al punto corrieron, gritaron, y poco después una mujer, cuya cabeza estaba cubierta con blanco pañuelo, salió de un campo de patatas, miró un instante y echó á correr hacia la choza á través de los campos cultivados, gesticulando, vociferando una sola palabra que no se comprendía.

Y la infeliz cayó y se levantó, y otra vez cayó y volvió á levantarse y á correr, llevando ensangrentadas las manos, con la cabeza descubierta, porque

el pañuelo se le llevaba el viento, y sueltos y flotando los cabellos.

—¿Pero qué dice?—exclamó Paulina con inquietud.

La mujer llegaba, y entonces comprendieron su grito ronco, semejante á un alarido de fiera:

—¡El niño, el niño, el niño!....

Desde por la mañana, su marido y su hijo mayor trabajaban en un campo de avena á una legua de distancia, y ella, que acababa de salir de la casucha para llenar de patatas un cesto, había dejado á su niño dormido, cerrando bien los huecos; y sin duda el fuego se incubaba largo tiempo hacia, porque ella juraba haber apagado hasta el menor resto de lumbre.

Las llamas subían ya con violencia, convirtiendo la cabaña en enorme brasero, que se destacaba con rojizo resplandor en la ancha claridad amarillenta del sol.

—¿Pero habéis cerrado con llave?—gritó Lázaro.

Y la mujer no le oía, dando vueltas alrededor de la choza, como si buscase algo abierto, un agujero para entrar, desfalleciendo de espanto y desesperación, y gritando sin cesar:

—¡El niño, el niño!

Paulina sentía que sus ojos se llenaban de lágrimas, y Lázaro exclamó de repente:

—¡Corro á salvar á su hijo!

Miróle su prima con extravío, intentó cogerle las manos, detenerle.

—¿Tú? no, no quiero.... El techo se va á hundir.

—Veremos, veremos—dijo él sencillamente.

Y en seguida gritó á la mujer:

—¡Vuestra llave, dadme vuestra llave!

Lázaro la empujó, la arrancó la llave y marchó con tranquilo paso hacia la puerta, mientras la mujer gritaba.

Caía una lluvia de chispas, y Lázaro tuvo que pegarse á la puerta para abrirla, porque la paja inflamada salía de lo alto como un torbellino de agua en medio de la tempestad.

Pero él consiguió abrir, y se paró un momento en el umbral para que se escapara la oleada de humo que le azotaba el rostro, y luego bajó la cabeza y desapareció.

—¡Dios mío, Dios mío!—murmuró Paulina, ahogada por la más cruel zozobra.

Y juntaba las manos, se las apretaba hasta retorcerlas, alzábala con un temblor seguido, como hacen los enfermos en sus grandes dolores. ¡El techo

crujía, se hundía! ¡Su primo no iba á tener tiempo de salir!

Y de repente exhaló tremendo grito del fondo de sus entrañas, sin quererlo acaso, al ver que la cubierta de la casa se desplomaba entre los muros humeantes.

—¡Lázaro!

Él apareció allí, á la puerta, con los cabellos apenas chamuscados y en las manos ligeras quemaduras, y puso en brazos de la mujer al pobre niño, que se agitaba llorando.

Entonces casi se incomodó con su prima, y ella se arrojó en sus brazos, y sollozaba con tal emoción nerviosa, que por temor á un desvanecimiento sentóse en una piedra inmediata al pozo de la casa.

Luego, repuesta algún tanto, examinóle las manos, diciendo:

—No, esto no será nada, porque la quemadura no es profunda; pero es necesario volver á casa, y yo te las vendaré. ¡Dios mío! ¡qué miedo me has hecho pasar!

Y mojó su pañuelo en agua del pozo para envolverle la mano derecha, que era la más lesionada, y trataron ambos de consolar á la mujer, diciéndola Paulina:

—Vamos, valor, pobre mujer; venid mañana á mi casa para hablar conmigo.

Y regresaron lentamente á Bonneville, donde se habló largo tiempo de este suceso, y enviaron socorros á los campesinos perjudicados por el incendio.

\*  
\* \*

Hacia ya un mes que Lázaro estaba en el pueblo, cuando llegó una carta de Luisa, diciendo que estaba desesperada de fastidio, y él la contestó prometiendo ir á recogerla en la semana siguiente.

Una noche Paulina, mientras Lázaro trabajaba en el drama, había estado velando á su lado, ocupada en hacer calceta para los pobres de sus sábados.

Lázaro la confesaba que su vida había sido inútil hasta entonces, y que si la literatura se rompía también bajo sus pies, estaba decidido á retirarse á un rincón y vivir como un ermitaño.

—Pienso con frecuencia—añadió sonriendo—que hubiéramos debido expatriarnos después de la muerte de mi madre.

—¿Cómo? ¿expatriarnos?

—Sí: huir muy lejos, á Oceanía, por ejemplo, á una de aquellas islas donde la vida es tan dulce.

—¿Y tu padre?

—¡Oh! ya te digo que esto sólo es un sueño..... No está prohibido imaginarse cosas agradables cuando la realidad no es alegre.

Había dejado la mesa donde escribía, y sentóse en uno de los brazos del sillón que Paulina ocupaba, la cual dejó caer su calceta para reirse grandemente del galope incesante de aquella imaginación de niño voluntarioso.

—¿Estás loco, mi pobre amigo? ¿pues qué hubiéramos hecho allá abajo?

—¡Habríamos vivido! ¿Te acuerdas de aquel libro de viajes que leíamos juntos hace ya doce años? Se vive allí como en un paraíso: nunca hay invierno, un cielo perpetuamente azul, una existencia al sol y á las estrellas..... Hubiéramos tenido una cabaña y comido frutos deliciosos, y sin hacer nada, sin tener un pesar.

—¡Bueno! entonces dos salvajes más, con anillos en la nariz y plumas en la cabeza.

—¡Toma! ¿y por qué no? Nos hubiéramos amado todo el año, y sin contar los días, lo que no habría sido tan necio.....

Ella le miraba, y un ligero estremecimiento hizo palidecer su semblante; él sentía necesidad de acercarse más, de tener algo de ella, y jugaba con su

mano tibia, y doblaba sus finos dedos, siempre riendo, con una risa embarazosa.

Ella al principio no se inquietaba, mas luego, creciendo su turbación, su voz desfallecía.

—¿Pero basta con frutos para comer? Habría sido preciso cazar, pescar, cultivar un campo.... Y si allí son las mujeres las que trabajan, como se cuenta, me hubieras puesto á cavar la tierra ....

—¿Tú? ¿Con estas preciosas manos? ¿Y los monos? ¿Ignoras que son hoy excelentes criados?

Ella se rió con semejante salida, y él añadió:

—Además, haría ya mucho tiempo que tus manos no existirían, porque yo las hubiera devorado.... Mira, ¡así, así!

Y besaba las manos de Paulina, y las mordía, y la sangre le subía al rostro en asalto de deseos que le cegaban.

Ella se abandonaba, se deslizaba hacia el fondo del sillón, con la faz roja, los ojos cerrados para no ver; él, con mano brutal, la quitaba los botones del corpiño, rompía los broches de las faldas; sus labios se encontraron, y él la dió un beso, que ella le devolvió furiosamente, abrazándole por el cuello con toda la fuerza de sus brazos.

Pero en aquella excitación de su cuerpo virgen,

Paulina abrió los ojos; se vió rodando por el suelo; reconoció la lámpara, el armario, el techo, y pareció despertarse sobresaltada, con la sorpresa de una persona que se encuentra en su casa al volver de un terrible ensueño.

Se puso de pie, sus faldas se caían, su corpiño abierto dejaba entrever el seno desnudo.

Lanzó un grito en el silencio anhelante de la sala.

—¡Déjame! ¡eso es abominable!

Y él no la oía, loco de deseo.

La volvió á coger, la arrancó del todo las faldas, la quemaba en la desnudez de su piel con besos que la hacían estremecerse.

Dos veces estuvo á punto de caer, cediendo á la invencible necesidad de entregarse, sufriendo cruelmente en lucha contra sí misma, cuando él consiguió arrojarla sobre un viejo sofá, cuyos muelles rechinaron, y ella repetía con voz enronquecida:

—¡Oh! ¡déjame! ¡yo te lo suplico! Es abominable lo que intentas....

Él, con los dientes apretados, creía poseerla; ella, empero, se desprendió de sus brazos con rudo esfuerzo, lanzándole hasta la mesa, y entonces pudo salir, atravesar de un brinco por el corredor, y entrar en su cuarto; y antes que tuviera tiempo para

cerrar la puerta, él llegó empujando por fuera, hasta que la llave dió una vuelta y todo quedó en silencio.

\*  
\*\*

A la mañana siguiente llegó Luisa, y su marido la recibió con estas palabras:

—¿Estás loca? ¡No se hacen tales tonterías sin escribir! ¡Eso es ridículo! Volverás á marchar mañana.

Luisa, aturdida por tal recibimiento, cayó en brazos de Paulina.....

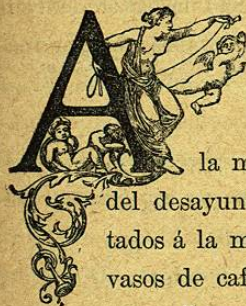
Y por la noche, cuando Lázaro y Paulina subían á sus respectivos cuartos, él exclamó:

—¡Adiós!  
—Adiós, no—contestó ella esforzándose por sonreír.—Hasta la vista, porque no marcharé hasta el lunes.

Era sábado aquel día.



#### IV.



la mañana siguiente, en la hora del desayuno, cuando todos estaban sentados á la mesa teniendo delante grandes vasos de café con leche, extrañábanse de no ver llegar á Luisa, y ya la doméstica iba subir para llamar en la puerta del cuarto de la joven, cuando ésta apareció en el comedor.

Estaba muy pálida y andaba con dificultad.

—¿Qué tienes?—preguntó Lázaro alarmado.

—Estoy sufriendo desde antes de amanecer—respondió ella—y apenas he conseguido pegar los ojos..... ¡Creo que he oído sonar todas las horas de la noche!